

Viejos y nuevos capitalismos. Desafíos críticos y espacios de resistencia

“Porque la denuncia de lo que hoy se llama razón es el mayor servicio que puede rendirse a la razón” (M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*)

El capitalismo, una vez más: la recurrencia de un *mot de combat*

A menudo los vocablos de uso corriente para explicar el funcionamiento de la vida social constituyen huellas fósiles de las violentas pugnas históricas por imponer un determinado significado. El “capitalismo” hasta muy recientemente había perdido la batalla de las palabras y, por tanto, de la legitimidad, a pesar de los muchos éxitos materiales que exhibían sus adalides. Si nos fijamos bien, los conceptos y su historia funcionan como un registro sumamente valioso para comprender la evolución de las relaciones de poder. El término “capitalismo” representa, sin género de duda, un caso paradigmático de la guerra semántica que flanquea las contiendas sociales por la dominación del campo simbólico. La historia del concepto que encierra la palabra “capitalismo” resulta harto ilustrativa y manifiesta una extremada riqueza de matices sobre esta dialéctica siempre actuante entre el mundo y su representación mediante el lenguaje. La anatomía conceptual del capitalismo como modo de producción de la modernidad puede seguirse remontándonos a tres vocablos que poseen una antigüedad decreciente, a saber, “capital”, “capitalista” y “capitalismo”. Karl Marx utilizó los dos primeros en sus textos (por ejemplo, en *El capital*), pero nunca “capitalismo” al menos hasta 1877, diez años después de la aparición de su obra magna. El “capitalismo” es, por tanto, neologismo tardío, ocasional y un tanto ambiguo en vida de Marx, aunque después se asentará en las organizaciones obreras y en las diversas tradiciones socialistas, pese a la labor escamoteadora de la ciencia económica estandarizada.

Como recuerda F. Braudel (*Civilización material, economía y capitalismo, II*), el concepto a menudo rodeado de confrontación se afirma como antónimo de “socialismo” (palabra anterior que se remonta a Saint Simon) y comparece en el periodo de entreguerras en algunos de los más afamados diccionarios. W. Sombart (*Der Moderne Kapitalismus*, 1902) lanzó la noción a la arena académica. Entre la academia y las luchas de la esfera pública el vocablo se mantendrá con altibajos hasta nuestro tiempo, cuando han fracasado los eufemismos como “economía de mercado”, “economía de

libre empresa” y otros sucedáneos utilizados para desactivar una palabra políticamente indigesta.

En todo caso, el contexto en el que se genera el concepto en el sentido moderno que hoy le damos abarca el tiempo que va de Turgot a Marx, o sea, de la Ilustración a la crítica social del nuevo sistema económico. Por consiguiente, “capitalismo” pasa a formar parte de la caja de herramientas conceptuales de la que se dota la razón moderna. De este modo, terminará expresando el régimen económico general fundado en el movimiento del capital para la ampliación sin límites de sí mismo. En cualquier caso, el término “capitalismo”, en tanto que sistema o régimen económico, es una realidad fuertemente establecida en el siglo XX entre el común de los mortales e incluso entre algunos de los reticentes economistas que huyen, como de la peste, de las connotaciones peyorativas adheridas al propio vocablo. Así todo, se podría sostener que el uso en el lenguaje, la valoración social y la perspectivas de futuro del capitalismo han sufrido altibajos cíclicos marcados muy estrechamente por la apertura o el cierre de las expectativas de emancipación colectiva de las clases subalternas. Por ejemplo, la crisis económica de 2008 ha multiplicado el ejército de sus críticos y desacreditado a la marea neoliberal de los años ochenta y noventa. Basta echar un vistazo a la nueva literatura económica para atisbar una crecida de las denuncias intelectuales sobre los efectos del capitalismo tardío de la era de la globalización, aunque a menudo la crítica se mantiene en la superficie de las consecuencias más perversas del sistema económico y no van al fondo de una posible sustitución sistémica.

No obstante, la fisonomía del capitalismo de nuestro tiempo ha dado lugar a dos procesos complementarios: en primer término, su reformulación nominal (“capitalismo postindustrial”, “capitalismo postfordista”, “capitalismo informacional”, “capitalismo tardío”, “capitalismo cognitivo”, etc.) y, en segunda instancia, su recusación como sistema creador y azuzador de los dos grandes problemas de nuestra época, a saber, la destrucción del medio ambiente y el incremento de la brecha de desigualdad social. A pesar de ello, estamos viviendo, por encima de la fragmentación de la subjetividad postmoderna, a un nuevo momento de regreso a lo social merced al cual el capitalismo (como realidad y como palabra), reforzado y globalizado, vuelve a convertirse en el objetivo de los ataques de un sector creciente de la población. Sus dos lacras sociales más lacerantes, la desigualdad social y el ecocidio, siguen mereciendo nuestra atención más allá de cualquier afán taxonómico en torno a su morfología, funcionamiento y

periodización. Así pues, “capitalismo” no posee la condición de un vetusto trasto conceptual, es, en cambio, una compleja realidad dinámica y actuante que nos interpela y nos obliga a repensar su creciente impacto sobre nuestras vidas.

Metamorfosis del capitalismo de nuestro tiempo: el conocimiento como valor económico

Tales lacras sociales nos obligan a repensar el significado de las categorías con las cuales las tradiciones críticas se enfrentaron a él. Como es sabido, Marx, tras una colosal labor de reinterpretación a la economía política clásica, elaboró su propia explicación del capitalismo como sistema de explotación del trabajo basado en la extracción de plusvalía, o sea, de retribución del capital variable (el trabajo) por debajo del valor que creaba en el proceso de producción. Esta idea se sustentaría en la teoría del valor-trabajo (el valor de cambio medido como el tiempo de trabajo socialmente necesario) ya presente en los economistas clásicos. Ciertamente, tal categorización siempre fue motivo de disputa y hoy su replanteamiento en el interior de la izquierda se encuentra en el centro del llamado “capitalismo cognitivo”, como se verá en los artículos del tema del año de este número de *Con-Ciencia Social*.

El “giro cognitivo” de la teoría clásica de Marx a cargo de las obras neomarxistas de un conjunto de pensadores italo-franceses (T. Negri, Y. M. Boutang, P. Virno, M. Lazzaratto, entre otros), han acuñado el concepto de “capitalismo cognitivo” y han exprimido la noción marxiana de *general intellect* para defender el papel central del saber acumulado por la sociedad en la creación de valor. En síntesis, con palabras más claras, en nuestros días el valor de las mercancías sería consecuencia, más que del tiempo de trabajo, de la inversión directa en el proceso productivo del conocimiento socialmente acumulado.

Desde luego, la perspectiva teórica que se adopte sobre este asunto lleva a corolarios prácticos y políticos de distinta naturaleza. Por ejemplo, si el conocimiento socialmente acumulado deviene en el motor que da vida al sistema económico, se desprende que los movimientos anticapitalistas han de poseer una composición de clase distinta a la tradicional. De ahí el lugar central que han de ocupar el “cognitariado” y otros trabajadores y trabajadoras sometidos y homologados por un régimen laboral de “precariado”. En ese marco, también cae en total descrédito la idea, de estirpe weberiana, del intelectual como actor social que “flota libremente” por encima de la

realidad clasista. La masificación de la función intelectual y de las profesiones vinculadas a los servicios culturales lleva a la desintegración del elitismo inherente a los estratos cultivados de nuestra sociedad.

Por otro lado, resulta igualmente verdad que cada vez más el foco de atención de la explotación tradicional a través de la extracción de plusvalía se desplaza hacia la escisión entre economía y naturaleza, lo que supone la necesidad de considerar en la teoría económica y en la praxis política los “bienes de fondo” de la madre Tierra. La perspectiva ecológica reclama, con mucha razón, atender a esa olvidada dimensión como una variable independiente y romper con la lógica productivista introducida por el capitalismo (e imitada por las experiencias de socialismo real). El capitalismo se ha mostrado incompatible con una economía sostenible a largo plazo, lo que obliga a imaginar el futuro inmediato como una compleja y delicada transición ecosocial que abra la posibilidad de una manera distinta de relacionar a los seres humanos con la naturaleza. Ello implica, a su vez, que el cambio social ya no puede imaginarse como una relampagueante toma del poder por una aguerrida vanguardia, sino como el difícil proceso capaz de generar condiciones y situaciones que ocasionen una “transformación antropológica en la estructura de las necesidades humanas y patrones de subjetividad”¹. A tal fin, desde la esfera del pensamiento es defendible, como hace J. M. Naredo en su *Economía en evolución*, un “enfoque “eointegrador”, complejo y radical que reclama un nuevo modelo económico y un nuevo régimen político. A nadie se le oculta que tal posición requeriría reinventar un amplio bloque o alianza de clases y estratos sociales.

Desde la caída del muro de Berlín en 1989 hasta la crisis económica actual, iniciada a finales de 2007, se aprecia cómo el supuesto triunfo final del capitalismo era una ilusión sin porvenir. Tras la crisis, una ola de frustración e indignación se extiende a escala mundial. Es preciso alentar, desde plataformas intelectuales de muy distinta morfología, una nueva apuesta colectiva de carácter anticapitalista. Para ello se requiere deslegitimar los fundamentos mismos de la sociedad en la que vivimos y distinguir entre los objetivos de fondo y los imperativos específicos de cada coyuntura política. Pero la construcción de nuevos “mapas cognitivos” que nos ayuden a percibir, pensar y sentir el mundo de otra manera requiere el concurso de un inmenso archipiélago de iniciativas de

¹ Santiago Muiño. *Rutas sin mapa. Horizontes de la transición ecosocial* Madrid: La Catarata, 2016, p. 88.

resistencia capaces de hacer frente a los nuevos desafíos críticos de nuestro tiempo. Fedicaria, en su más de veinte años de vida, remó en esa dirección.

Balance de Fedicaria: una singladura sin puerto seguro

El conocimiento, su producción y distribución en contextos de aprendizaje escolar ha sido uno de los temas de ocupación de Fedicaria, la plataforma crítica que, fundada en 1995, publica ahora el número 20 de su revista *Con-Ciencia Social*. En el gozne entre siglos hemos asistido a la invasiva ola ideológica del neoliberalismo y un parcial regreso y repunte del pensamiento crítico. Durante estos años, no obstante, la lógica de generación, gestión y distribución del conocimiento ha obedecido, cada vez más, a los imperativos del modo de educación tecnocrático de masas. Desde las escuelas hasta las universidades, a escala mundial, ha ocurrido una homogeneización internacional de las normas por las que se juzga valioso el conocimiento. Desde las disciplinas escolares hasta los programas de investigación académicos se ha multiplicado el carácter uniforme, instrumental y mercantil del saber. Bajo la falacia de que vivimos en una “sociedad del conocimiento”, llevada a su culmen con la idolatría digital, en realidad las instituciones educativas de todos los niveles han caído rendidas a la perversa seducción de la racionalidad económica impuesta por el capitalismo de nuestro tiempo, trituradora de saberes improductivos y voraz dispositivo de apropiación privada de conocimiento generado colectivamente. Y, al mismo tiempo que el valor del conocimiento “útil” crecía, indefectiblemente bajaba el potencial crítico y emancipador del mismo. Por eso no nos hemos cansado de subrayar desde nuestras páginas la profunda continuidad estructural de las políticas educativas habidas en España (y otros países) durante las últimas décadas. De modo que, al tiempo que se alcanza una escolarización masiva sin precedentes (pero fuertemente segmentada en los niveles superiores) y un volumen de acumulación de conocimiento académico-empresarial extraordinario, se asiste a una banalización y a una grotesca pedagogización, en todos los escalones educativos, de los fundamentos científico-filosóficos del saber. Estos síntomas se han ido desplazando de abajo a arriba del sistema educativo, y hoy alcanzan una gravísima manifestación en el ámbito universitario (es el caso de la universidad española sometida a los imperativos de Bolonia desde principios de este siglo). Hoy la jerarquización en disciplinas universitarias en función de su rentabilidad económica ha llegado al paroxismo y el cultivo de nuevos campos queda sometido a una absurda “papermanía”, a una producción seriada de mercancías científicas, a modo de píldoras dosificadas, sometida

a un estricto y esperpéntico ritual de reconocimiento que viene a ser una “cienciometría” o epistemetría” fundada en una economía de publicación de *papers*². De esta suerte, en el “capitalismo académico” la rentabilidad y evaluación de toda investigación se acompaña de una lógica consumista de la acumulación por la acumulación, que lleva a la necesidad de llenar una gigantesca escombrera de chatarra intelectual sin sentido aparente (su sentido último estriba en legitimar las relaciones de saber-poder en el ámbito académico y empresarial).

De lo que hablamos es, pues, de tendencias nuevas y profundas del capitalismo en relación con el conocimiento. En realidad, el proceso de producción de conocimiento no obedece solo a exigencias mercantiles, pues su rentabilidad es también ideológica. Entendiendo por tal la adscripción en el cuerpo del sujeto de *habitus* de percepción, comprensión y juicio del mundo. En una palabra, la “violencia simbólica”, la coacción admitida que legitima el estado de cosas de la realidad, es inherente a tales nuevos procesos de producción científica y de aprendizaje institucional.

De ahí que balsas, como Fedicaria, flotando a la deriva en el piélago del nuevo capitalismo, tengan la convicción de que el motivo de su existencia se deba principalmente a la razón crítica que invita a la resistencia. Naturalmente, siempre fuimos conscientes de nuestras limitaciones, pero también de constituir un modesto ejemplo, entre otros muchos, del ejercicio de la contraviolencia simbólica. Un ejemplo del que finalmente nos permitimos realizar un breve balance en este número de nuestra revista, que, a buen seguro, cierra una etapa de nuestra existencia.

Desde 1997 se han publicado veinte números de nuestra revista *Con-Ciencia Social* (quizás este que tenéis a la vista, queridos lectores, y lectoras sea el último que se confecciona en papel). Nuestra plataforma de pensamiento crítico es y ha sido un espacio de resistencia intelectual que se ha negado, con mayor o menor énfasis, a aceptar el capitalismo y el mundo educativo y cultural como datos de una realidad intocable. Fundada formalmente en Madrid en 1995, constituimos una entidad que agrupa a profesoras y profesores, de distintos niveles educativos (en su mayoría ejercientes de la enseñanza de las ciencias sociales en educación secundaria), implicados en el común impulso de producir y transmitir pensamiento crítico sobre y en las instituciones escolares mediante la reflexión individual y colectiva de sus miembros

² José Carlos Bermejo Barrera. *La tentación del rey Midas*. Madrid: Siglo XXI, p. 130.

y la ayuda de una rica gama de colaboradores externos. Sin ningún tipo de ayuda económica ni dependencia de institución alguna, en Fedicaria se piensa e investiga sobre un extenso abanico temático como la didáctica crítica y otros asuntos vinculados al mundo de la educación y a la esfera de la cultura.

El embrión de Fedicaria nace de unos itinerantes “seminarios de desarrollo curricular” (1991-1995) integrados por grupos innovación de varios territorios de España (Ínsula Barataria, Cronos, IRES, Asklepios, Aula Sete, Pagadi, Gea-Clío, etc.). Su historia es, pues, la de una organización que se va gestando sin un diseño preestablecido, sin un destino manifiesto a no ser el explícito pero difuso interés emancipador que convoca a gentes relacionadas con el sistema educativo, la mayoría de ellas versadas en las luchas sociopolíticas y pedagógicas mantenidas desde el tardofranquismo y la Transición a la democracia.

Fedicaria es organización que carece de la figura del “afiliado” o “cotizante”. Desde su origen y más ahora, se trata de una estructura organizativa sumamente flexible y muy liviana, que, a pesar de las onerosas barreras que ha tenido que salvar (las fronteras estrechas que el academicismo pone al conocimiento), ya cumplió algo más de veinte años. La identidad de una organización con un fluido e inconsistente aparato burocrático (sin estatutos, sin afiliados, sin votaciones, de entrada y salida libre, siempre muy abierta al escrutinio de otros) no podía dejar de ser, a su vez, muy líquida y cambiante. Por no tener no ha tenido ni siquiera un programa o norma a la que someterse, y ha dependido, en gran parte, de un alto grado de improvisación, de voluntarismo, de las relaciones de amistad y del abundante trabajo de investigación y organización de sus componentes más comprometidos. La identidad intelectual crítica se ha gestado conforme se han ido publicando números de la revista y celebrando jornadas de encuentro. Más allá de la plasmación real de estos deseos, la federación mantiene una presencia pública relevante a través de la revista, una página web, una lista de correo lista de correo Fedicaria y unos encuentros bianuales, pero el conjunto de sus miembros mantienen plurales proyectos de investigación, estudio y formación del profesorado tanto o más vinculados a la adscripción profesional de cada cual que a una supuesta plataforma común de pensamiento fedicariano (cuya hipotética existencia es algo que podrán descubrir o no futuras investigaciones sobre su historia). En resumen, podría decirse que Fedicaria ha actuado durante estos años más como un espacio muy libre, abierto y dinámico de escucha, presentación y debate de materiales intelectuales (lo cual

no es poco) que como una plataforma intelectual albergadora de un pensamiento común elaborado colectivamente (lo cual seguramente era demasiado pedir).

Fedicaria, como colectivo intelectual autónomo y crítico, se ha alimentado del trabajo de investigación y reflexión de sus miembros dentro de un contexto de estímulos endógenos al margen (o en paralelo) a la lógica académica de producción de conocimiento. No obstante, la relación con el mundo universitario ha sido compleja y no de mero rechazo. Nos beneficiamos de manera muy particular de la generación de tesis doctorales realizadas por algunos fedicarianos en los años noventa, que superaron con creces el inicial propósito de diseñar proyectos de enseñanza y que desembocaron en relevantes aportaciones a la historia del *currículum*. Fueron estas tesis y sus autores (habitualmente profesores de instituto con tardía vocación investigadora) los que alimentaron nuevas inquietudes y perspectivas más amplias que se prolongaron en una segunda generación de investigación académica en la década siguiente. Tras el encuentro celebrado en Salamanca en 1997, Fedicaria fue extendiendo la temática de sus intereses, de modo que a partir de la atención dominante por la didáctica de las ciencias sociales se desarrollaron indagaciones de carácter teórico más general como la genealogía del conocimiento escolar, las consecuencias educativas de la Teoría Crítica de la Escuela de Fráncfort (por ejemplo, las teorías de Habermas), la historia social de las disciplinas e instituciones escolares, la formación del profesorado, el análisis de la práctica en el aula, la imagen en el contexto de la didáctica crítica, la teoría de la acción, los deberes de la memoria en la educación y otras muchas vetas que sería prolijo precisar aquí.

A ello se unieron programas personales de trabajo u otros vinculados a los pocos departamentos universitarios de didáctica de las Ciencias Sociales (Cantabria, Sevilla) relacionados con Fedicaria. Cabe destacar, entre 2002 y 2012, el Proyecto Nebraska que ensayó una investigación intergrupal e interterritorial centrada en el estudio sociogenético de la educación española. En su entorno se generó una colección de la editorial de Octaedro (*Educación. Historia y crítica*), en la que se publicaron varios libros fedicarianos. En ese mismo tramo temporal se intentaron actividades de formación en colaboración con varias universidades (Salamanca, Zaragoza, Complutense de Madrid), Centros de Profesores y colaboraciones con otros colectivos (por ejemplo, REDES en Andalucía). Por otra parte, han tenido continuidad los proyectos de investigación del Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la

Universidad Sevilla sobre didáctica de las ciencias sociales y formación del profesorado.

Nuestra revista ha constituido un fiel espejo de nuestras múltiples inquietudes y reiteradas preocupaciones. Ha sido un órgano no solo dedicado a celebrar la excelencia, sino también un foro para facilitar la colaboración de personas, de dentro y fuera de Fedicaria, con muy distinto grado de celebridad intelectual. En nuestra sección “Pensando sobre...” hemos afrontado una aventura inédita y muy relevante, a saber, explorar el itinerario y la obra (a través de entrevistas y estudios bioprofesionales) de aquellas personas que en España han sido maestros de nuestra generación (J. Fontana, J. Varela, V. Bozal, J. Delval, C. Lerena, J. M. Naredo, A. Viñao, M. A. Pereyra, R. Gubern, M. Reyes Mate, J. L. Peset, I. Fernández de Castro, J. Aróstegui, M. Sacristán y H. Capel, entre otros). Una magnífica galería que podría servir a modo de síntesis de lo más creativo, desde perspectivas críticas, del pensamiento español en ciencias humanas en las seis últimas décadas. Quizás merecería que alguien se animara a reunir tales perfiles bioprofesionales en una publicación autónoma.

El caudal de pensamiento crítico acumulado en estos años constituye un patrimonio colectivo tangible que se compendia en múltiples publicaciones y programas de formación. En cualquier caso, esta ya larga travesía conlleva una rica experiencia de gran valor ilustrativo acerca de los “posibles” del pensamiento crítico en nuestra sociedad, que debería ser objeto de escrutinio externo, porque muestra las adversidades y peligrosos escollos de una navegación que ha tenido que combatir, además de la marea neoliberal y neoacademicista que inunda nuestro mundo, con la incomprensión cuando no la hostilidad de algunas instituciones académicas que perciben a Fedicaria como intruso en corral ajeno. Así pues, sin hipotecas ni apoyo institucional de ninguna clase, a menudo con incomprensión del mundo circundante, sin recompensa material, la cosecha de esta peculiar y nada habitual plataforma de pensamiento crítico puede calificarse de fecunda. Así lo afirmamos y constatamos rotundamente sin triunfalismo pero sin sombra de derrotismo.

Este número 20 de *Con-Ciencia Social* se compone de tres secciones. La primera, el “Tema del año”, acoge cuatro artículos sobre diversas dimensiones del nuevo capitalismo cognitivo, precedidos de una presentación a cargo de Marién Martín, coordinadora de este número, seguida de cuatro artículos: “La lógica de funcionamiento de la Universidad y el capitalismo cognitivo”, de Sofía Corral; “La piratería Des-

comunal: Los orígenes de la acumulación capitalista de conocimientos”, de Mariano Zukerfeld; “Tecnología y capitalismo cognitivo”, de Igor Sádaba; y “La subjetividad puesta a trabajar: la figura del emprendedor en los discursos de la sociedad del conocimiento”, de Patricia Amigot y Laureano Martínez. La segunda sección, “Pensando sobre...”, coordinada esta vez por Francisco F. García y Xosé Manuel Soto se dedica a la egregia personalidad intelectual del geógrafo Horacio Capel, figura con la que los miembros de Fedicaria hemos mantenido en nuestra formación y trayectoria docente una deuda de gratitud impagable. Consta de una entrevista efectuada por X. M. Souto, un artículo sobre su obra científica a cargo de Nuria Benach y Vicente Casal (“Horacio Capel, una trayectoria entre la Geografía Urbana y la historia del pensamiento geográfico”) y otro, obra conjunta de los coordinadores, sobre la proyección educativa del ilustre geógrafo. Finalmente, la sección “lecturas y textos” aporta siete lecturas significativas sobre un diversificado abanico de temas a cargo de Julio Carabaña, Raimundo Cuesta, Javier Gurpegui, Ramón López Facal, Juan Mainer, Juan Sisino Pérez Garzón y Glicerio Sánchez Recio.

Queremos dar públicamente las gracias a todos los desinteresados colaboradores que nos ayudaron a confeccionar este último número en papel. También damos nuestro agradecimiento, lo que ya viene a ser una costumbre, a Eduardo Anievas Cortines, pintor cántabro afincado en Nueva York, por cedernos la posibilidad de convertir uno de sus cuadros en portada de este número. Y cabe, finalmente, reconocer la tarea de la editorial Díada. Y a todos y todas, lectores y suscriptores, debemos encomiar su apoyo para empujar colectivamente esta nave hacia una singladura incierta y sin puerto de llegada.